La iglesia dividida es vencida fácilmente: Por qué la unidad lo cambia todo // Daniel del Vecchio

La unidad en Cristo como fundamento de la iglesia

El Salmo 133 presenta la unidad entre los hermanos como algo bueno y agradable. Se compara con el aceite precioso derramado sobre la cabeza de Aarón y con el rocío del monte Hermón que desciende sobre los montes de Sion, lugar donde Dios ordena su bendición y la vida eterna. Esta unidad no se limita a reunirse ocasionalmente, sino que implica vivir juntos en armonía como un solo pueblo.

La razón de esta unidad es que todos los creyentes forman un solo cuerpo en Cristo. Aunque existan muchos miembros con funciones diferentes, todos pertenecen al mismo cuerpo y comparten una misma identidad espiritual.

El nuevo nacimiento y la obra del Espíritu Santo

El proceso de regeneración comienza cuando una persona recibe el evangelio y la semilla espiritual es sembrada en su corazón. A partir de ese momento, Cristo empieza a formarse en la vida del creyente mediante un proceso continuo de transformación.

Se mencionan tres bautismos: el bautismo en agua como señal de arrepentimiento y vida nueva, el bautismo en el Espíritu Santo

y fuego, y el bautismo por un mismo Espíritu en un solo cuerpo. Esta obra elimina las barreras de nacionalidad, idioma, condición social o raza, uniendo a todos los creyentes bajo una misma vida espiritual.

Un solo cuerpo con muchos miembros

La iglesia es presentada como un cuerpo indivisible. Aunque puedan existir diferencias de opinión o actitudes, la unidad del cuerpo de Cristo sigue siendo una realidad espiritual.

Cada miembro posee una función diferente, pero ninguno puede considerarse innecesario ni excluir a los demás. Todos forman parte del mismo organismo espiritual y dependen unos de otros para cumplir el propósito de Dios.

La unidad es obra del Espíritu Santo

La unidad no es una creación humana, sino una obra realizada por el Espíritu Santo al incorporar a los creyentes en un solo cuerpo. Sin embargo, las personas sí pueden obstaculizar esa unidad mediante actitudes equivocadas.

Con el paso del tiempo, las iglesias pueden perder el amor, la alegría y la armonía que caracterizaron sus primeros momentos. Por ello se anima a regresar al primer amor para experimentar nuevamente la presencia y la bendición de Dios.

Un mismo destino para todos los creyentes

Todos los creyentes avanzan hacia un mismo destino: la casa del Padre. Aunque el camino de la fe pueda ser largo y difícil, la esperanza permanece firme en la promesa del lugar preparado por el Señor.

La armonía entre los hermanos requiere aprendizaje constante y disposición para caminar juntos, sabiendo que es precisamente en la unidad donde Dios derrama su bendición.

La unción que fluye desde la cabeza

El derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés ocurrió cuando los creyentes permanecieron unánimes durante varios días de oración. Tener un mismo sentir y un solo corazón abrió el camino para la manifestación del poder de Dios.

La enseñanza también destaca la importancia de los líderes espirituales. Así como el aceite descendía desde la cabeza de Aarón hasta todo el cuerpo, la bendición fluye cuando quienes dirigen permanecen sometidos a Cristo. Por ello se enfatiza la necesidad de orar por los líderes.

La iglesia primitiva como ejemplo de unidad

El libro de los Hechos presenta una iglesia caracterizada por tener un solo corazón y una sola alma. Esa unidad se reflejaba en la manera de administrar los bienes materiales.

Los creyentes compartían sus recursos según las necesidades de cada persona, demostrando que el Espíritu Santo gobernaba sus corazones. La ausencia de egoísmo y la generosidad eran señales visibles de una auténtica comunión.

La oración de Jesús por la unidad

Antes de su muerte, Jesús oró para que todos sus discípulos fueran uno, así como el Padre y el Hijo son uno. Esta petición revela que la unidad tiene un propósito mayor: que el mundo crea en Cristo.

Aunque existan dificultades en las relaciones humanas, Dios

continúa obrando para cumplir esta oración. La disposición del corazón constituye el primer paso para avanzar hacia la unidad de la fe.

La lucha contra la división

La enseñanza presenta la división como una estrategia del enemigo para debilitar a la iglesia. Mientras Cristo busca unir y edificar, Satanás procura dividir y destruir.

Los creyentes son llamados a luchar contra las inclinaciones de la carne y contra toda influencia espiritual que intente romper la comunión del pueblo de Dios.

Una iglesia llamada a avanzar

La iglesia no fue llamada a permanecer inmóvil, sino a avanzar bajo la autoridad de Cristo. La promesa de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella implica una actitud de conquista y crecimiento.

Para cumplir esa misión resulta indispensable que todos los miembros permanezcan unidos, evitando conflictos internos que desvíen la atención del verdadero objetivo.

Evitar el escándalo y preservar el testimonio

El buen testimonio ocupa un lugar central en la vida de la iglesia. Se exhorta a realizar todas las cosas sin murmuraciones ni discusiones para reflejar una vida irreprensible delante del mundo.

También se advierte sobre el peligro de causar tropiezo a los nuevos creyentes mediante divisiones o conflictos innecesarios. Las experiencias relatadas muestran cómo desacuerdos aparentemente pequeños pueden provocar profundas

divisiones cuando falta el espíritu de unidad.

El discipulado comienza con el ejemplo

El discipulado no consiste únicamente en transmitir enseñanzas, sino también en ofrecer un ejemplo digno de ser imitado. Los nuevos creyentes necesitan observar vidas coherentes con el mensaje que reciben.

Siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo, se anima a cada creyente a vivir de tal manera que otros puedan seguir su ejemplo mientras él sigue a Cristo.

La negación del yo fortalece la unidad

Uno de los mayores obstáculos para la unidad es el egoísmo. El deseo de tener siempre la razón, conservar el control o defender los propios derechos dificulta la comunión entre los creyentes.

La verdadera unidad surge cuando cada persona aprende a negarse a sí misma y permite que Cristo gobierne su vida. Ese espíritu de humildad refleja el carácter del Cordero y favorece la obra del Espíritu Santo.

El amor como el camino más excelente

Los dones espirituales son valiosos, pero solamente alcanzan su verdadero propósito cuando son ejercidos con amor. Sin esta motivación, incluso las manifestaciones espirituales más llamativas pierden su valor.

La armonía de la iglesia se asemeja a una orquesta en la que

cada miembro cumple su función bajo una misma dirección, produciendo una obra hermosa cuando todos actúan movidos por el amor.

Una iglesia unida para cumplir el propósito de Dios

La unidad de la iglesia se fundamenta en reconocer a un mismo Padre, compartir una misma esperanza y avanzar hacia un mismo destino. Renunciar al egoísmo y buscar el bienestar del cuerpo permite que la bendición de Dios alcance a todos sus miembros.

La enseñanza concluye con una oración para que el Señor derrame su unción sobre la iglesia, fortalezca la unidad de su pueblo y lo prepare como un ejército espiritual capaz de derribar las cadenas, vencer las tinieblas y avanzar con la verdad del Evangelio hasta que Cristo sea glorificado.